

D'ART. No os molesteis en recomendar la exactitud á un soldado.
MORD. Adios, caballero.
D'ART. Hasta la vista. (*Vase Mordaunt saludando ligeramente á los tres amigos.*)

ESCENA IV.

DICHOS, menos MORDAUNT.

MAGD. Ahora me toca á mí.
D'ART. ¡Cómo! ¿Nos escuchais?
MAGD. ¡Pues ya se vé!— parece que os vais de Francia.
D'ART. Es muy probable, señora Turquenne.
MAGD. ¡Y qué vais á Inglaterra!
D'ART. Es muy posible, querida amiga,
MAGD. Pues entonces voy á aprovecharme de esta coyuntura para hacer os una recomendacion.
D'ART. ¡Una recomendacion!
MAGD. Sí; que no olvideis que mi hermana tiene la posada de la Cuerna del Ciervo, allá en Londres, en la plaza del Parlamento; si fuéseis allá....
D'ART. Seré su parroquiano.
MAGD. ¡De veras?
D'ART. Ya está dicho.
MAGD. Gracias.
PORT. ¡Si almorzaremos hoy!
D'ART. No os impacientéis, aquí estoy ya.
ATHOS. Cuando yo os decia d'Artagnan, que Mazarin era un canalla!
D'ART. ¡Y por qué?
ATHOS. Porque en realidad no son otra cosa sus enviados. El bribon ese, ¡ve aquí á tres caballeros reunidos, y á los tres les dirige un saludo tan mezquino, que apenas bastaria para uno solo!
D'ART. Es preciso disculparlo, porque me parece un puritano.
ATHOS. ¡Viene de Inglaterra?
D'ART. Sospecho que sí.
ATHOS. Entonces será algun enviado de Cromwell.
D'ART. Tal vez.
ATHOS. Sea lo que fuere el tal enviado, lo que es á mí, no me peta ni poco ni mucho.
PORT. Ni á mí.
ARAM. Ni a mí tampoco.
ATHOS. ¡Y cómo se llama ese caballero?
D'ART. No sé.
PORT. Caballeros, almorcemos.

ESCENA XV.

DICHOS, GRIMAUD.

GRIM. [*Fuera.*] En el quinto piso, ¿no es verdad? puerta izquierda.

MAGD. Sí.
GRIM. [*Fuera.*] Bueno!
D'ART. Quinto piso, puerta izquierda, es aquí
ATHOS. Es la voz de Grimaud.
D'ART. Pues qué, ya habla!
ARAM. Sí, cuando las circunstancias son apremiantes. *Grimaud entra precipitadamente.*
ATHOS. Caballeros, alguna novedad hay....
Grimaud, de qué proviene esa palidez, esa agitacion!
GRIM. Caballeros, Milady de Winter tenia un niño; el niño ya es hombre; la tigre tenia un cachorro; el tigre ha salido de la madriguera, estad alerta que viene á buscaros.
D'ART. Qué quieres decir?
ATHOS. Qué estás diciendo?
GRIM. Digo, señor conde, que el hijo de Milady ha salido de Inglaterra, y está en Francia y que viene á Paris, si no es que ya está aquí
ARAM. Pero sabes tú de cierto....
PORT. Sépalo ó no, ¡qué nos importa que venga ó no venga á Paris!.... que venga, ¡vienen tantos!—
D'ART. Y por otra parte, es un niño.
GRIM. ¡Un niño! Caballeros! ¿sabeis lo que ha hecho ese niño disfrazado de fraile?... Por el verdugo de Bethune supo toda la historia de su madre, y despues de haberlo confesado, por vía de absolucion, le plantó en medio del corazon este puñal que veis aquí. Miradlo, está todavía húmedo y rojo.
ARAM. ¡Y tú lo has visto?
GRIM. Sí.
D'ART. ¿Sabes cómo se llama?
GRIM. No señor.
ATHOS. Yo si lo sé: se llama el vengador.

CUADRO II.

Un salon en casa de Lord de Winter en la plaza real.

ESCENA I.

D'WINTER, ATHOS.

D'WINT. ¡Qué es lo que me decís, conde?
ATHOS. Os digo que Grimaud llegó allí cuando el otro espiraba, y él mismo nos presentó el puñal humeando sangre todavía.
D'WINT. ¡Entonces lo sabe todo!
ATHOS. Todo, menos nuestros nombres.
D'WINT. Pero; ¿cómo y por qué habrá salido ese hombre de Inglaterra?
ATHOS. ¡Allá estaba!
D'WINT. Ciertamente.
ATHOS. ¡Y qué hacia allí?
D'WINT. Es uno de los partidarios mas acérrimos de Oliverio Cromwell.

ATHOS. ¡Y cómo es que se ha adherido á esa causa? Sus padres creo que eran católicos.

D'WINT. Sí; pero el rey, á pedimento mio, lo declaró bastardo; lo ha despojado de sus bienes, y le ha prohibido llevar el nombre de Winter; con esto, su odio hácia Carlos I lo ha arrojado en las filas de Cromwell.

ATHOS. ¡Y ahora cómo se llama?

D'WINT. Mordaunt.

ATHOS. ¡Perfectamente! no se me olvidará. Parece que la Providencia misma nos ha prevenido; ¡estemos, pues, alerta! Pero vengamos, milord, al negocio que os trae á Paris.

D'WINT. Decidme ante todas cosas, ¿Porthos y Aramis son siempre vuestros amigos?

ATHOS. Y agregad á esos, Milord, d'Artagnan. Los cuatro somos siempre, como éramos en otro tiempo, cuatro amigos íntimos, decididos á protegernos recíprocamente; pero cuando se trata de alguna cuestion política, no somos mas que dos de cada bando, y al mio pertenece Aramis.

D'WINT. Ese solo rasgo os retrata cual sois. Habeis abrazado la causa de los príncipes, la gran causa, la única causa, la sola que pudiera convenir á vuestro carácter noble y generoso. Y no quiero ocultaros que en esa confianza he venido yo á Francia.

ATHOS. Es decir, que al emprender este viaje, contabais con nosotros.

D'WINT. Sin duda, conde: necesito de ambos. ¡Y el señor de Aramis está ya advertido!....

ATHOS. Justamente, vedlo ahí.

ESCENA II.

DICHOS, ARAMIS.

D'WINT. Caballero, llegais muy á propósito: iba precisamente á suplicar al señor conde, me permitiese presentar tan íntimos amigos á la reina de Inglaterra.

ARAM. ¡A la reina de Inglaterra!

ATHOS. ¡A madama Enriqueta de Francia! Dispensadme, milord: yo no tengo el honor de conocer á S. M., sino por sus desgracias en Inglaterra, y aquí por su destierro.

D'WINT. Nada supone eso; yo os conozco, y ademas, le he ofrecido esta mañana que os presentaria.

ATHOS. ¡En el Louvre!

D'WINT. No, en las Carmelitas. ¿Por fin, estais dispuestos, caballeros?

ATHOS. Milord, cuando gustéis.

ESCENA III.

DICHOS, TOMY Y DESPUES PARRY.

D'WINT. ¿Qué hay, Tomy?

TOM. El ayuda de cámara de S. M. la reina de Inglaterra, desea poner en manos de vuestra señoría una carta de su augusta ama.

D'WINT. Entrad, Parry.... ¿cómo está S. M?

PAR. La salud, buena, milord; pero el corazon muy triste.

D'WINT. ¿Traeis algo para mí?

PAR. Esta carta, milord.

D'WINT. (*Rompe el sello y lee.*) "Mucho temo, milord, que si venís á verme al Louvre ó á las Carmelitas, alguien os siga ó que se nos atisbe; preferiria, pues, ir yo en persona á vuestra casa: cuanto mas contrario sea á las habitudes reales el paso que yo diere, menos podrá despertar sospechas; y por consiguiente, probable es que no sea espiado: en vez de venir á verme, esperadme en vuestra casa, donde llegaré casi al mismo tiempo que mi mensajero. Vuestra adicta, Enriqueta."
¡Muy bien! Parry, espero á vuestra ama.

TOM. ¿Me permitirá milord una palabra?

D'WINT. ¿Qué hay?

TOM. Acabo de preguntar al señor Parry por aquel hombre que nos siguió hasta aquí esta mañana.

D'WINT. ¿Y bien?

TOM. Dice que está todavía en la esquina de la calle, porque lo ha visto, y lo ha conocido por las señas que le han dado.

D'WINT. ¡Y tal vez no sabeis quién es ese hombre!

TOM. No señor, cuando yo lo ví, me volví la espalda, y como no he vuelto á salir, milord....

D'WINT. Basta, idos: ya tomaré yo mis precauciones: gracias, Parry.

ATHOS. ¿Quizás esa carta desconcierta los proyectos de milord?

D'WINT. No, conde.

ATHOS. Me pareció que os molestaba su contenido.

D'WINT. No, me sorprendió un poco, por el mucho honor que me anuncia.

PAR. [*Abriendo la puerta.*] Milord!....

D'WINT. ¿Estaria ya ahí la persona que me ha hecho el honor de escribirme?

PAR. Justamente su litera llega á la puerta en este instante.

D'WINT. ¡Id á recibirla, Parry, pronto!

ARA. ¡Es una mujer?

D'WINT. No, es una reina.

ATHOS. ¡S. M. madama Enriqueta!

D'WINT. Caballeros, sí.

ATHOS. Entonces, milord, nos retiramos.

D'WINT. (*Levantando una tapicería.*) Todo lo contrario.... Os suplico que entreis aquí, y oigais lo que S. M. y yo vamos á hablar. Libres sois para presentaros luego, ó para permanecer ocultos. Si os presentáseis, es que aceptais, y si os quedais ocultos, que rehusais.

ARAM. Pero, milord, no comprendemos....

D'WINT. Entrad, entrad, y mas tarde lo comprenderéis. [*Entran, D'Winter deja caer la tapicería.*]

ESCENA IV.

Dichos, LA REINA, VESTIDA DE NEGRO, EN LA ANTESALA.

D'WINT. Tomy, abrid la puerta de par en par.

[Tomy abre haciendo una reverencia.]

REINA. [Levantándose el velo.] ¡Ah milord! ¡sois vos!... qué felicidad!—Yo creía haber leido mal; creía que las mismas letras de vuestro nombre pudieran engañarme! Os envía el rey, milord!... hablad pronto, ¡qué teneis que decirme!

D'WINT. Solo entregar este mensaje á V. M. (Se arrodilla y presenta á la reina un estuche de oro.)

REINA. (Abriendo el estuche y sacando una carta.) Milord, me traeis tres cosas que mucho tiempo ha, no habian visto mis ojos; oro, una carta, y un verdadero amigo. Levantaos, milord. (Dándole la mano.) ¡Gracias, amigo mio, gracias!

D'WINT. V. M. me enaltece.

REINA. Veamos qué contiene esta preciosa carta. No hay duda, sí, es su letra, es la firma de mi adorado Carlos. (leyendo.) "Mi querida esposa: heme aquí ya en los momentos decisivos: todos los recursos con que cuento, los he reconcentrado en este campo de Newcastle, de donde os escribo. Aquí espero á pié firme el ejército de mis súbditos rebeldes; con el auxilio de mis bravos escoceses, voy á emprender contra aquellos la lucha por última vez; vencedor, yo puedo aun prolongar la guerra por mucho tiempo; vencido, no me queda ni recurso ni esperanza. Y en este desesperado extremo, no me quedará mas camino que abordar á las costas de Francia; pero, ¡querrán recibir en ellas á un rey desgraciado, que llevará consigo un tan funesto ejemplo, á un pais ya agitado por las discordias civiles!—El portador de la presente á quien vos conoceis por uno de mis mas fieles amigos. . . (Ella se interrumpe y le tiende la mano.) ¡Oh! sí, milord. [continuando.] "El portador de la presente, os dirá, madama, lo que no puedo esponer á los riesgos de un accidente. El os explicará lo que yo deseo que vos hagais; y le encargo tambien, lleve mi bendicion para aquellos mis caros hijos que están en Francia, y todos los sentimientos de mi corazon, para vos, madama, y mi querida esposa. Carlos, todavía rey." Dios quiera que nuestros dos hijos, la princesa Elizabeth y el duque de Gloucester que están en Londres, estén buenos." ¡Ah! sí, ¡Dios mio! que ya no sea rey, que sea vencido, desterrado, proscrito; pero que viva! que mis hijos renuncien al trono de su padre; pero que viva, que viva! Decidme, milord, ¡es muy desesperada la posicion del rey?

D'WINT. Ciertamente, madama, es mas desesperada de lo que él mismo cree.

REINA. Y en tal estremidad, ¡qué quiere que yo haga! ¡qué espera de mí!

D'WINT. Que V. M. pida á Mazarin socorros, ó cuando menos un refugio para él en Francia.

REINA. ¡Ay de mí milord! ¡Créis que esperaba esta carta, para hacer de mi parte todo cuanto me sea posible?

D'WINT. ¡Y qué ha resultado!

REINA. ¡Nada! socorros, asilo, dinero, todo me lo ha rehusado el señor Mazarin.

D'WINT. ¡Cómo! ¡Mazarin ha rehusado un asilo al rey Carlos, al hermano político del rey Luis XIII, al tio del rey Luis XIV?

REINA. ¡Ay de mí!—Bien veo que lo inquieto y fatigo demasiado. Mi presencia y la de mi hija le molestan, y con mucha mas razon, le molestaría la del rey. Oidme, milord: es triste y casi vergonzoso el decirlo, pero sabedlo. Enriqueta y yo hemos pasado el invierno en el Louvre sin dinero, sin ropa blanca y casi sin pan; y mas de una vez nos hemos visto precisadas á permanecer en el lecho una gran parte del dia, por no tener ni siquiera fuego con que calentarnos. De manera que, quizas nos hubiéramos muerto de hambre y de miseria. sin las limosnas que el parlamento ha querido acordarnos.

D'WINT. ¡Qué horror!—La hija de Enrique IV muriéndose de hambre en esta patria, en su patria, aquí, en donde su padre queria que el último aldeano tuviese mas de lo necesario! ¡Por qué no os dirigisteis, madama, á cualquiera de nosotros! Todos y cada uno hubiera dividido su fortuna con vos; ó mejor dicho, hubiera puesto todo cuanto poseia á los piés de su reina.

REINA. Bien veis d'Winter, que solo una cosa puedo hacer, y es irme con vos á Inglaterra.

D'WINT. ¡Y para qué, madama!

REINA. Para morir con el rey, ya que no puedo salvarle.

D'WINT. He ahí, madama, lo que el rey temia, sobre todo; he ahí lo que os suplica que no hagais; y en el último extremo, lo que os ordena.

REINA. Milord, el rey habla con el corazon que teme, y no con el corazon que ama ¡Ignora, acaso, que el mas acerbo y el mas agudo dolor, es la incertidumbre! Nos familiarizamos con la desgracia cuando se nos encara, porque entonces se la conoce, y pueden encontrarse recursos contra ella; pero cuando la desgracia es vaga, lejana, indefinida, desconocida, y que no puede asirse, entonces, entonces no queda mas remedio que la súplica. ¡Y yo, milord! ¡yo he suplicado tanto! sin que en nada cambie la suerte del rey y la mía, que ya empiezo á desesperar de todo. Si el rey, milord, en la estremidad en que se encuentra, quiere alejarme de él, es porque ya no me ama.

D'WINT. Vos sabeis madama, mejor que nadie, que semejante acusacion es injusta. No, no es que el rey no os ama, teme sí, que

sucumbais en medio de tantos peligros, y de tantas fatigas.

REINA. ¡Qué son para mí los peligros y las fatigas! ¡no he arrojado unos y otros! ¡no estoy habituada á estas y á aquellos! ¡No fui sola bajo el pretexto de llevar mi hija á Holanda, á solicitar de Guillermo de Orange, ausilio de armas y dinero! ¡No he sido asaltada á mi vuelta por una tempestad horrible, cuál si contra nuestra desgraciada causa se desencadenasen, no solo la cólera de los hombres, sino tambien la del Eterno!—¡En medio de aquella horrorosa tempestad, abandoné, ni un momento, la cubierta del barco! ¡A todas las insinuaciones del capitán y de la tripulacion, á quienes animaba con mi presencia, respondia yo otra cosa mas, sino que aun no habia ejemplo en la historia de que una reina se hubiese ahogado! En fin, despues de haber perdido dos navíos y una parte de los socorros que llevaba, y arrojada sobre las costas de Holanda, ¡he vacilado por ventura, al primer soplo del viento favorable, para volver á salir á la mar! Esta vez la fortuna, cansada quizá de perseguirme, me fué propicia; llegué por fin, á la costa, y apenas puse el pié en tierra, la casa en que me habia refugiado, fué cercada, atacada; vos lo sabeis, milord, porque venisteis en mi auxilio. ¡Y en dónde me hallásteis, milord! Me hallásteis sobre la brecha que el cañon acababa de hacer en aquella casa ya desmoronada. Allí me hallásteis, milord, en medio del fuego, de los heridos y de los muertos, bañada en sangre de mis defensores, y en la mía, porque una astilla me habia herido.—¡Y al veros, milord, pensé mas en mí! ¡Para quién ha sido mi primer palabra! Para Carlos. Cuando para llegar hasta él, tuve necesidad de vestirme de hombre, ¡he titubeado ni un momento! Tres dias con tres noches me habeis visto á vuestro lado.—¡Ecshalé en todo ese tiempo un solo suspiro! ¡He proferido una sola queja! ¡he pedido algo mas de lo que pedia el último de vuestros oficiales! No, porque fatigas, privaciones, peligros, todo lo olvidé luego que volví á ver á mi esposo y á mi rey. Un año entero lo pasé á su lado, en las montañas, en el campo, casi siempre en la tienda, y muy rara vez bajo de techo en una triste casa; que el palacio, mucho tiempo hacia no era cosa de que nosotros nos ocupáramos.—¡Y quién me ha obligado á abandonarlo! Solo la voluntad de Dios y el amor á mi hija. Iba á ser madre! yo no temia la muerte, no; temia sí, matar á mi pobre hija, ¡á mi querida Enriqueta!—Poco antes, milord, os hablaba de la miseria, y con todo, esta miseria en nada se asemeja á la que entonces me cercaba. ¡No era en aquellos momentos la mas miserable de todas las mujeres! Aquí al menos tengo el Louvre, aunque desprovisto de todo. Tengo tambien el convento de las Carmelitas, bien que oscuro y sombrío; pero, ¡y qué tenia yo en Exester! ¡una humilde y misera cabaña!—¡Mi pobre niña ha visto la luz

primera sobre una triste tarima, sin sábanas ni colchones!—En momentos tan difíciles, en situacion tan crítica, un mensajero de la reina, mi hermana, me trajo de su parte doscientas mil libras.—¡Guardé, acaso, milord, un solo escudo de aquella suma! No, todo se lo he enviado á Carlos, porque Carlos, ya lo veis, es todo para mí. Cuando la necesidad me obligó á abandonarlo, para volver á Francia, allí estábais vos, milord, y bien visteis mi dolor, mis lágrimas, mi desesperacion! Y ahora que venís á decirme que su posicion es mas desesperada de lo que él mismo cree, y que su libertad está amenazada, y tal vez su misma vida; me hablais al mismo tiempo de peligros y de fatigas, á mi, cuyo reinado no ha sido mas que una muy larga fatiga, y mi vida un prolongado peligro!—¡Ah! milord, si el rey os ha dicho eso, en verdad que el rey ha perdido la memoria; y si vos sois el que os oponeis á que yo me una á él, sin duda, milord, que habeis perdido todo sentimiento de piedad.

D'WINT. Precisamente porque el rey se acuerda de cuanto habeis sufrido, quiere que permanezcais en Francia; y justamente, perdonadme, ¡oh, reina! la espresion, porque tengo compasion de V. M., no quiero que volvais á Inglaterra.

REINA. No hablemos mas, milord, sobre el particular. No quiero colocaros en una posicion difícil; no quiero que elijais entre la deferencia que debeis á vuestra reina, y la obediencia que debeis á vuestro rey.—Hablemos de vos. . . de él. . . ¡No os ha traído á Francia otro objeto mas que el que acabais de esponerme!

D'WINT. Sí señora.

REINA. Decid, pues.

D'WINT. En otro tiempo he conocido en Francia á cuatro caballeros.

REINA. [Con tristeza.] ¡A cuatro caballeros! ¡Y es ese todo el auxilio que podeis ofrecer á un rey, en el instante mismo que va á perder su trono!

D'WINT. ¡Ah madama! si estuviera en mi mano contar con los cuatro, aun podria responder de muchas cosas. ¡No habeis oido hablar de cuatro caballeros que sostuvieron en otro tiempo á la reina Ana de Austria, contra el cardenal de Richelieu?

REINA. Sí; es una tradicion de la corte.

D'WINT. ¡Aquellos cuatro caballeros que atravesaron la Francia en medio de mil emboscadas, regando con su sangre la senda que pisaban, para ir á buscar á Inglaterra aquellos famosos herretes de diamantes que iban á perder á Ana de Austria!

REINA. Sí.

D'WINT. Si yo os refriese, lo que han hecho esos cuatro caballeros, creeriais tal vez, que os relataba un capítulo del Ariosto, ó que os leia un canto del Tasso. Y por desgracia, he sabido esta mañana, que de esos cuatro valientes, ya no quedan mas que dos.

REINA. ¡Los otros han muerto!

D'WINT. Peor que eso; están al servicio del cardenal Mazarin.

REINA. ¡Y los otros dos!

D'WINT. Los otros dos, no sé á punto fijo, si se encuentran ya en Paris, comprometidos; ni sé tampoco, si aun estando libres, retrocederán á la vista de los peligros que envuelve una temeraria empresa, ni si se decidirán á acompañarme á Inglaterra.

ESCENA V.

Los mismos, ATHOS Y ARAMIS.

ATHOS. (Saliendo del gabinete con Aramis.) Decid, milord, á S. M. que por defender tan noble causa, estamos dispuestos á ir hasta el fin del mundo.

REINA. ¡Gran Dios! estos caballeros nos escuchaban, y....

D'WINT. Y bien veis, que podíamos decirlo todo, delante de ellos.

REINA. ¡Gracias caballeros, gracias!... Decidme, milord, los nombres de estos valientes, que quiero conservarlos eternamente en mi memoria de una manera sagrada.

D'WINT. El señor conde de la Fère, y el señor caballero d'Herblay.

REINA. Caballeros, hace algunos años tenía en torno mio, un enjambre de cortesanos, ejércitos, tesoros. A la mas leve señal mia, todos se ocupaban en mi servicio; ahora todo ha cambiado; mirad á mi alrededor.— ¡Nada! Para llevar á cima un designio, del cual depende la salvacion de un reino y la vida de un rey, yo no tengo cerca de mí mas que á lord d'Winter, un amigo de veinte años, y á vosotros, caballeros, á quienes conozco despues de algunos segundos.

ATHOS. Sobrados fueran, madama, si á los ojos del Señor, la vida de tres hombres fuese bastante para rescatar la de vuestro real esposo; pero de todos modos, ordenad ahora lo que os agrade: ¡decid qué queréis que hagamos!

REINA. (A Aramis.) ¡Y os compadeceréis tambien vos, caballero, como el conde de la Fère, de tanta desgracia!

ARAM. Yo, madama, tengo por hábito seguir siempre al conde de la Fère, vaya adonde fuere, y sin preguntarle; pero cuando se trata de servir á V. M., no lo sigo, señora, lo precedo.

REINA. Pues bien, caballeros: ya que estais decididos á consagraros al servicio de una pobre princesa que el mundo entero abandona, voy á deciros lo que se piensa hacer. El rey se halla solo en medio de los escoceses, que le inspiran muy poca ó ninguna confianza; sin embargo que él lo es tambien. Tal vez voy á pedirlos mucho, demasiado quizás, porque ningun título me autoriza para pedir; pero en fin, si estais deci-

didis á servir la gran causa del trono, atacada en la persona del rey Carlos, id á Inglaterra, caballeros, uníos al rey mi esposo; sed sus amigos y sus guardianes, marchad siempre á su lado en el combate; cuidad de su persona en su casa, en donde se le forman emboscadas á todas horas, mas peligrosas que todos los riesgos de la guerra. Y en cambio de tan inmenso sacrificio, como vos me haceis, caballeros, yo os prometo solemnemente, no recompensaros, que esta palabra os ofenderia; y por otra parte, sienta mal al desterrado que implora, hablar de recompensas; pero sí, de amaros, de amaros como una hermana os amaria, y de preferiros á cuanto existe sobre la tierra, despues de mis hijos y de mi esposo.

ATHOS. ¡Cuándo hemos de partir, madama!

REINA. ¡Ah! caballeros veo que estais decididos: he aquí el primer momento de esperanza que he tenido de cinco años á esta parte.— ¡Ya lo comprendéis!... No es el trono, no es lo corona lo que yo os recomiendo; es la vida de mi Carlos, de mi esposo, de mi rey, la que pongo en vuestras manos.

ATHOS. Madama, cuanto puedan hacer dos hombres que no dan nunca un paso atras delante de ningun peligro, esperadlo de nosotros.

REINA. (Tendiéndoles la mano que ambos besan de rodillas.) ¡Ah! os lo repito con toda la efusion de mi alma, os lo repito: gracias, caballeros, gracias!

D'WINT. Me permitirá V. M. que la acompañe?

REINA. No, porque podrian conoceros.

ATHOS. Pero nosotros, madama, no corremos el mismo riesgo.

REINA. Me voy en mi litera, gracias.

ATHOS. [Inclinándose.] En ese caso seguiremos respetuosamente, y á lo lejos, la litera de V. M.

REINA. Adios conde, decid al rey que mis dias son un continuo sufrimiento, mis noches un constante insomnio, y mi vida toda una perenne súplica; pero que cuando Dios nos reuna ya en la tierra ó ya en el cielo, todo se olvidará. (Vase y la siguen un instante despues los dos caballeros.)

ESCENA VI.

LORD D'WINTER y luego MORDAUNT.

D'WINT. ¡Pobre reina! (Mordaunt se presenta y permanece en pie en el quicio de la puerta: d'Winter deja la ventana y dice al ver á Mordaunt.)

D'WINT. ¡Quién es!... ¡Qué queréis, caballero!

MORD. ¡Cómo! no me conocéis, ni por casualidad!

D'WINT. Mas que bien, y la prueba es

que os repetiré en Paris, lo que os he dicho en Londres; vuestra tenaz persecucion me molesta: retiraos, pues, y no deis lugar á que llame á los criados.

MORD. ¡Ah! tio, tio mio!

D'WINT. No soy vuestro tio; no os conozco.

MORD. Llamad á vuestros criados si os place, pero estad seguro que en Paris no cometeréis con migola violencia que en Londres. Ahora, por lo que respecta á negar que soy vuestro sobrino, supongo que lo pensareis mas de una vez, por que... ya sabeis que he sabido ciertas cosas que hace un año ignoraba.

D'WINT. ¡Y qué me importa á mí lo que vos hayáis sabido!

MORD. Os importa mucho mas de lo que se os figura; y estoy seguro que vais á ser muy pronto de mi opinion. Cuando yo me presenté en vuestra casa la primera vez en Londres, fué para preguntaros por mi herencia; cuando volví la segunda vez, fué para que me dijérais quién habia manchado mi nombre; y estas dos veces, en efecto, me habeis hecho arrojar de vuestra casa; pero ahora, yo me presento aquí para haceros una pregunta mucho mas terrible que todas aquellas otras. Me presento aquí, para preguntaros, como Dios al primer homicida; ¡Cain que has hecho de tu hermano? ¡Me comprendéis, milord! milord, ¡qué habeis hecho de vuestra hermana!

D'WINT. De vuestra madre!

MORD. Sí, milord, de mi madre.

D'WINT. Averiguad, desgraciado, lo que ella ha sido, y despues preguntadle al infierno, y el infierno tal vez os responderá.

MORD. (Acercándose á él.) Ya se lo he preguntado al verdugo de Bethune... y el verdugo de Bethune me ha respondido... ¡Ah!... ahora veo que me comprendéis: con esta palabra se explica todo, y con esta llave se abre el abismo. Mi madre habia heredado á su marido y vos habeis asesinado á mi madre; mi apellido me aseguraba la herencia paterna, y vos me habeis despojado de mi apellido, deshonorándome. Así es que ya no me sorprende de que no me conozcais. Es de mal tono y sienta muy mal que el robador llame su sobrino al hombre que ha empobrecido. Sí, milord, cuando uno es asesino, no puede llamar sobrino suyo al infeliz que ha hecho huérfano.

D'WINT. Ya que queréis penetrar en la profundidad de este horrible secreto, voy á revelároslo al momento. Sabed, pues, de una vez lo que era esa mujer, por quien venís hoy á preguntarme: esa mujer envenenó á mi hermano, y para heredarme á mí ha intentado tambien asesinar me; ¡qué direis ahora!

MORD. Que era mi madre.

D'WINT. Ella ha hecho matar á puñaladas, por un hombre en otro tiempo bueno, justo y puro, al desgraciado duque de Buckingham. ¡Qué direis al saber este crimen, cuya prueba yo conservo?

MORD. Que era mi madre.

D'WINT. Despues de aquel asesinato, volvió á Francia, y ha envenenado en el convento de las Agustinas de Bethune á una mujer que amaba á un enemigo suyo; este crimen atroz os persuadirá de la justicia del castigo; tambien de este crimen tengo la prueba.

MORD. Era mi madre.

D'WINT. En fin, llena de asesinatos, abrumada de crímenes, odiosa á todos, y amenazando todavia como una pantera, sedienta de sangre, ha sucumbido bajo los golpes de personas á quienes habia ecsasperado, ofendido, y que jamas le habian hecho ni el mas leve agravio. Ella ha encontrado, á falta de jueces naturales y legítimos, unos jueces que sus horrosos atentados, evocaron de aqui y de allí y de todas partes. Y ese verdugo que os ha referido todo, si en efecto os lo ha referido, os habrá dicho tambien que él mismo se ha estremecido de alegría, al vengar en ella la vergüenza y el suicidio de su hermano. Vuestra madre, jóven pervertida, esposa adúltera, hermana desnaturalizada, homicida, envenenadora, ecsecrable a los ojos de cuantos la habian conocido, destestable y odiosa á las naciones mismas que la han recibido en su seno, ha muerto en una horrible agonía, maldita del cielo y de la tierra. Ved ahí lo que era esa mujer.

MORD. ¡Callad! ¡era mi madre!... Yo no conozco ni sus desórdenes, ni sus vicios ni sus crímenes, no, yo solo sé que era mi madre. Y ahora, oidme lo que voy á deciros, oidme, y que mis palabras se graben en vuestra memoria de tal suerte, que no las olvideis jamas. De este asesinato que me lo ha arrebatado todo; de este asesinato que me ha dejado sin nombre, que me ha hecho pobre, malo, corrompido, implacable; de este asesinato, milord, yo pediré estrecha cuenta á todos vuestros cómplices, cuando los conozca, y á todos mis enemigos, sin exceptuar ni al rey Carlos I.

D'WINT. ¿Queréis asesinar me? Entonces sí que os conoceré... por mi verdadero sobrino; porque seriais, no hay duda, hijo digno de tal madre.

MORD. No, yo no os mataré, al menos en este momento, porque si os quitara de enmedio, quizás no descubriría á los otros. Pero, luego que sepa el nombre de los cuatro hombres de Armentiers... ¡Ay de vos, señor! ¡Temblad entonces, temblad por vos, y por vuestros cómplices; ya uno de ellos lo he matado á puñaladas! sin piedad, sin misericordia; y aquel era el menos culpable de todos vosotros. [Vase.]

D'WINT. Gracias, ¡Dios mio! ¡Haz que no conozca mas que á mí!

CUADRO III.

El Dique de Bolonia. A la derecha, en el primer plano, una casa de pescador; en el tercer plano el brick Parlamento. En el fondo, al ancla, la corbeta El Relámpago. A la izquierda, una escalera que conduce al faro.

ESCENA I.

MORDAT, *Paseándose sobre el dique.* ANDRES, PATRON DEL BRICK EL PARLAMENTO.

MORD. (*Andres Smith que entra.*) ¡Qué hay, patron Andres!

AND. Nadie todavía, caballero.

MORD. ¡Habeis entrado en la posada de las Armas de Inglaterra!

AND. Sí señor.

MORD. ¡Y preguntasteis si ya habian llegado dos caballeros llamados los señores d' Artagnan y Duvalon!

AND. No sé que nadie los haya visto.

MORD. ¡Ni á ninguno otro que se les parezca!

AND. Justamente cuando yo hablaba con el posadero, llegaban tres caballeros, y al momento se me antojó que podian ser ellos; pero me engañé, porque fueron á apearse á la posada de la Espada de Enrique el Grande. Entró solo uno de los tres; los otros dos, apenas echaron pié á tierra, dieron las bridas de sus caballos á los lacayos y preguntaron por dónde se iba al puerto.

MORD. Pues que no se descuiden; ya les he dicho que á las ocho de la noche en punto; y si no llegan á la hora fijada, no los esperaré ni un minuto mas. Con que, capitán Andres, alistaos, y á las ocho á la vela.

AND. Muy bien, señor, todo estará pronto.

ESCENA II.

Los mismos, PARRY.

PARR. (*Acercándose á Andres.*) Decid, amigo, ¿sois vos el patron de este barco?

AND. Sí señor.

PARR. ¿Os dais á la vela esta noche?

AND. A las ocho.

PARR. ¿Podeis darnos pasaje á mi hermana y á mí.

AND. [*Bajo a Mordaunt.*] ¡Oís esto!

MORD. Sí, procurad saber quien es esa hermana.

AND. (*A Parry.*) ¡Pues qué, ya sabeis á dónde yo voy?

PARR. Sí, vais á Newcastle, y como New-

castle está en la frontera de Escocia, una vez allí, para llegar á nuestro país, solo tendremos que atravesar el Tyne.

AND. (*A Mordaunt.*) ¡Qué debo hacer!

MORD. Id á ver á esa mujer, averiguad quien es y lo que quiere, y luego, si necesario fuese, la veré yo mismo.

AND. ¡Y en dónde está vuestra hermana?

PARR. En esta casa; ¿quereis que la llame?

AND. No, no la incomodeis; yo mismo iré á hablarla.

MORD. Id pronto. ¡Ah! me parece que estos son mis hombres.

AND. [*Mirando.*] No, estos son los dos viajeros que preguntaron por dónde se iba al puerto, en la posada de la Espada de Enrique el Grande.

MORD. ¡Traian el camino de Paris!

AND. Sí señor.

MORD. Tal vez sabré por ellos algunas noticias interesantes. Id pronto, y ya me comprendéis... Nada prometáis sin que yo mismo haya visto...

AND. No tengais cuidado. Amigo, vamos.

ESCENA III.

MORDAUNT solo, luego ATHOS Y ARAMIS

MORD. No, no son ellos; ¿Pero qué veo? Si no me engaño, estos son sus dos amigos. No hay duda, son los mismos que estaban en el cuarto del señor d'Artagnan cuando yo fuí á verlo. No nos demos por entendidos luego, luego.

ESCENA V.

MORDAUNT en el proscenio. ATHOS Y ARAMIS, pasando por una esclusa y deteniéndose en medio de ella.

ARAM. ¡Será este el barco, Athos!

ATHOS. Parece que está para dar la vela. Pero no creo que es el nuestro, porque este es un brick, y el nuestro una corbeta. Este está todavía atracado al muelle, y el nuestro está en franquía: éste se llama el Parlamento y el nuestro, segun lo que ha dicho de Winter, se llama el Relámpago.

MORD. ¡De Winter!... Sí, no hay duda. De Winter han dicho.

ARAM. Silencio, que hay allí un hombre que parece que nos escucha.

ATHOS. Pues habra perdido su tiempo, porque creo que nada hemos dicho, que no pueda oír todo el mundo.

ARAM. Sin embargo, hablemos de otra cosa, y ahora con mas razon, porque el hombre se avecina demasiado.

MORD. (*Esperando á Athos y Aramis á su llegada.*) Dispensadme, caballeros, no me engaño; me imagino que he tenido el honor antes de ahora, de haberos visto en Paris.

ATHOS. ¿Vos, caballero?... En verdad que no recuerdo haber disfrutado de tal satisfaccion.

ARAM. Ni yo tampoco, caballero.

MORD. Sí señores; hace cuatro dias, en casa del señor d'Artagnan.

ATHOS. ¡Ah! sí, es cierto; ahora me acuerdo muy bien: os suplico que me dispenseis esta falta involuntaria.

ARAM. Y á mí igualmente, si he olvidado tan pronto...

MORD. ¿Podríaís decirme si el señor d'Artagnan esta aún en Paris!

ATHOS. Hace tres dias que lo dejamos en la posada de la Chevrette.

MORD. ¡Y no sabeis si se estaba disponiendo para hacer algun viaje!

ATHOS. Nada sabemos.

MORD. Perdonadme, caballeros, el que os haya interrumpido, y aceptad mis mas expresivas gracias por vuestra deferencia.

ESCENA V.

ATHOS Y ARAMIS.

ARAM. ¡Qué os parece este eterno pregon!

ATHOS. Que es algun provincial que está aburrido.

ARAM. O un espía que se informa.

ATHOS. Es muy posible.

ARAM. ¡Y le habeis respondido así!

ATHOS. ¡Y por qué no! Nada me autorizaba á responderle de otro modo. Ha sido atento con nosotros, y no podiamos dejar de serlo con él.

ARAM. Sin embargo, Athos, en nuestra posicion nos conviene desconfiar de todo el mundo.

ATHOS. Esa recomendacion á vos os viene como de molde, porque, en fin, vos sois el que ha pronunciado el nombre de Winter.

ARAM. ¡Y eso que tiene de particular!

ATHOS. Yo no sé si tiene ó no algo de particular; pero lo cierto es que yo observé que ese jóven se acercó al oír aquel nombre.

ARAM. ¡Lo habeis observado!

ATHOS. De una manera muy clara.

ARAM. Entonces, razon de mas para decirle cuando nos habló, que fuese á su camino.

ATHOS. ¿Para provocar una pendencia?

ARAM. ¡Y de cuando acá teneis miedo á una pendencia!

ATHOS. Yo siempre tengo miedo á una pendencia cuando se me espera en alguna parte, y la pendencia puede hacerme faltar á

16—TEATRO.

la cita; y que no es eso todo. ¿Quereis que os diga una cosa!

ARAM. ¿Cual!

ATHOS. Yo conoci al momento que aquel jóven era el mensajero de Mazarin.

ARAM. ¿De veras!

ATHOS. Sí; pero queria verlo y ecsaminarlo mas de cerca.

ARAM. ¡Y para qué!

ATHOS. Es muy probable que os burleis de mí, que me digais que repito siempre la misma cosa, y que me tomeis, en fin, por el mas pusilánime de los visionarios.

ARAM. Vaya, decid pues.

ATHOS. ¿Á quién se os figura que se parece aquel jóven, tanto cuanto puede un hombre parecerse á una mujer!

ARAM. En efecto, ahora caigo, y creo que teneis razon, Athos: aquella boca fina y delicada; aquella nariz aguileña y cortada como el pico de una ave de rapiña; aquellos ojos que parece que obedecen siempre las órdenes del espíritu, y jamas las del corazon... ¡Si fuese el fraile!...

ATHOS. A pesar mio, es lo que yo he pensado.

ARAM. ¡Y no habeis aplastado á la sierpe-cilla!

ATHOS. ¡Estais loco! sin saber á punto fijo... Y aún cuando lo supiésemos, ese jóven nada nos ha hecho.

ARAM. En ese sentimiento noble conozco á mi amigo Athos. Su misma grandeza lo hace pueril, y su lealtad lo vuelve imprudente... Que yo me cerciore de que él es, y le juro que he de romperle la cabeza contra la primer piedra que encuentre.

ATHOS. ¡Silencio! de Winter.

ARAM. No seria malo decirle algo de ese jóven: si es su sobrino, él debe conocerlo.

ATHOS. ¿Queréis que representemos á sus ojos el papel de dos niños tímidos!

ARAM. Decís bien; dejemos las cosas en tal estado, y si volvemos á encontrar á ese jóven, pongamonos siempre en acecho. En efecto es De Winter.

ATHOS. Sí y detras de él, vienen nuestros lacayos, allá por el ángulo del baluarte. Conozco á Grimaud por sus piernas; y por su aire provincial, á Blaisois que trae nuestras carabinas.

ARAM. Cierto; pero, ¿y qué tendrá nuestro amigo? se parece á los condenados del Dante, que miran á sus talones, porque Satanás les ha dislocado los pescuezos. ¿Qué buscará con tanto empeño á su espalda!

ESCENA VI.

DICHOS, DE WINTER, [Anochece y se enciende la farola.]

WINT. ¡Ya aquí, caballeros!... Me alegro

mucho de haberos encontrado, si os parece, partiremos inmediatamente.

ARAM. Por nosotros, milord, no nos detendremos. Sin embargo que la mar me asquea un poco de día, y un algo mas de noche. ¿Pero qué os agita?

WINT. [Mirando hacia atrás.] Nada, nada. Bien, que al pasar por detrás del baluarte me ha parecido.... En fin, vámonos. ¿No veis allí aquel barco, que está mas allá del faro? Esa es nuestra corbeta que está sobre el ancla de espía. Y á fé que yo deseara estar ya á bordo.

ARAM. Me parece, milord, que con la prisa habeis olvidado algo.

WINT. ¿No, es una idea!... una preocupación.

ATHOS. (A Aramis.) Lo ha visto.

WINT. Cuando gustéis, caballeros. ¡Hola! patron.... [Un hombre que está acostado en un bote, se levanta.] ¿Vos sois el que ha de llevarnos á la corbeta El Relámpago?

BATELERO. Sí señor.

WINT. Entonces, ayudad á nuestros criados.

BAR. Por aquí, señores.

[Mordaunt vuelve á presentarse del otro lado del muelle, y sube por la escalera que va al faro. Los tres caballeros se embarcan.]

ARAM. (A Athos.) Ahí está otra vez aquel caballerito. ¿Si querrá estorbarnos el embarque?

ATHOS. Feliz seria la ocurrencia. El está solo, y nosotros somos siete, contando con el barquero.

ARAM. Se conoce que ese hombre no es nuestro amigo.

WINT. ¿Quién?

ARAM. El jóven aquel.

WINT. ¿Pero qué jóven?

ARAM. Miradlo, aquel que está allí al pié del faro.

WINT. ¡El es!... Con razon me pareció que lo habia conocido.

ATHOS. ¿Y quién es él?

WINT. El hijo de Milady.

GRIM. El fraile.

MORD. [Desde donde domina el bote.] Sí, yo soy, querido tío,.... yo soy el hijo de Milady,.... soy el fraile; soy el secretario y el amigo de Cromwell, y soy, en fin, el que os conoço á vos y á vuestros compañeros.

ARAM. ¡Hola! ¡Conque el sobrino, y el fraile, y el hijo de Milady?

WINT. Por desgracia, sí.

ARAM. Entonces espera.... [Toma su carabina y mete puntería á Mordaunt.]

GRIM. ¡Fuego!

ATHOS. [Apartándole el cañon.] ¿Qué haceis, amigo mio?

ARAM. ¡El diablo cargue con vos!... Le habia hecho tan buena puntería, que le habiera colocado la bala en medio del pecho.

ATHOS. Basta con haber matado á la madre. [Empieza á andar el bote.]

MORD. Ahora no me cabe duda.... Sois vos, caballeros, y os conozco bien. Ya

nos volveremos á ver en Inglaterra. (Se pierde de vista el bote, y él lo observa un momento.) Andad, andad.... (Baja.) Sí, la Providencia es quien me los ha hecho conocer.... y la Providencia es quien los lleva á Inglaterra, en donde yo tengo tanto valimiento. Estos son dos de los cuatro; pero no desesperemos de encontrará sus compañeros.

ESCENA VII.

MORDAUNT, D'ARTAGNAN, PORTHOS Y MOUSTON.

PORT. Se me antoja que hemos llegado tarde.

D'ART. En ese caso, amigo mio, la culpa es vuestra. Con vuestro apetito devorador, nunca podemos hacer nada bien hecho; no acabamos nunca.

PORT. No soy yo, amigo mio; es ese pícaro de Mouston que á todas horas tiene hambre. Mouston, ¿habeis traído las provisiones de boca?

MOUST. Sí, señor baron.

MORD. Me parece que esos son mis dos caballeros.

D'ART. ¿En dónde demonios encontraremos ahora á nuestro señor Mordaunt?

PORT. ¡Toma! En el muelle. ¿No nos ha dado la cita para allí?

D'ART. Sí, pero hasta las ocho.

PORT. Pues bien, ahora están dando.

MORD. En efecto, caballero, y mi complacencia es extrema al ver vuestra esactitud.

D'ART. No os sorprenda, es una costumbre militar que tiene ya veinte años de fecha.

MORD. Sea en hora buena. Creo que ya podremos embarcarnos.

D'ART. Cuando gustéis, estamos listos.

PORT. Un momento, caballero; ¿sabeis si la despensa de la corbeta está bien provista?

MORD. Sí señor, y aun cuando no lo estuviera, no tenemos mas que tres dias de travesía.

PORT. Sin embargo, en tres dias se puede tener hambre, mucha hambre.

MORD. Si no teneis otra objecion de mas peso que hacerme, bien podeis estar tranquilo.

D'ART. ¡Es la única que mi amigo....

MORD. Entonces, vamos á bordo.

D'ART. Vamos, Porthos.... [D'Artagnan y Porthos atraviesan la plancha.]

MOUST. ¡Y qué, señor! ¡tambien yo he de pasar por ahí!

PORT. ¡Pues ya se ve!

D'ART. ¿No hemos pasado nosotros?

POUST. ¡Oh!.... eso es otra cosa: vosotros sois valientes....

D'ART. Vamos, pues, ó....

PORT. Dame la mano, mi pobre Mouston,

ya tú te estás volviendo viejo. [Mouston pasa.]

ESCENA VIII.

MORDAUNT sobre el proscenio.

MORD. Y bien, patron Andres, ¿esa mujer?

AND. Allá está todavía.

MORD. Hacedla venir.

AND. Al instante: (A la puerta.) señora, cuando gustéis....

MORD. Haced todos vuestros preparativos, y despachaos, que á las nueve hemos de estar fuera del puerto.

ESCENA IX.

MORDAUNT, LA REINA Y PARRY.

REINA. [De escocesa.] Me han dicho que sois el patron de este barco.

MORD. El patron, no señora; pero lo he fletado todo de mi cuenta.

REINA. Es lo mismo; está á vuestra disposicion, que es lo que yo quise decir.

MORD. Poco mas ó menos. ¿Y qué mandábais?

REINA. Deciros solo, que me haríais un particular servicio, si quisiérais darme pasaje á mí y á mi hermano.

MORD. ¿Vais á Inglaterra?

REINA. A Escocia.

MORD. Y nosotros á Newcastle.

REINA. Lo sé, señor; pero á mí, una vez en Newcastle, me es muy fácil trasladarme al condado de Perth.

MORD. En hora buena, señora, yo tendria mucho gusto, pero.... es el caso que no hay mas que un camarote disponible.

REINA. ¡Ah!.... ¿qué me decis?

MORD. La verdad.

REINA. Sin embargo, señor, como mi hermano tiene un gran placer en acompañarme, él se acomodara, no importa dónde, en cualquier rincón.... A proa. Con los marineros, con los criados.

MORD. ¡Imposible!....

REINA. Y qué, señor, no son bastantes ni súplicas, ni dinero.

MORD. No, nada....

REINA. Entonces me decido á ir sola, ¿cómo ha de ser!

MORD. Pues en ese caso, no perdais tiempo.

REINA. Adios, mi pobre Parry; es forzoso separarnos. Me voy á Newcastle, y de allí pasaré al campo del rey, donde quiera que esté. Aprovechad la primer coyuntura para ir á Inglaterra, é id al momento á buscarme.

PARRY. Pero... ¿y cómo dejar sola á V. M.?

REINA. Es preciso, amigo mio.

PARRY. ¡Ah!... V. M. me ha llamado... REINA. Su amigo.... Servidores como vos, valen mucho mas que la mayor parte de aquellos amigos que nosotros conocemos.

PARRY. (Casi arrodillado y besando el vestido.) ¡Ah! ¡madama!

MORD. Ya no me cabe duda: es la reina. El cielo, el cielo mismo me los entrega á todos. (A la reina.) ¿Quereis tomar mi brazo, señora! Solo á nosotros se nos espera. [Se oye mandar técnicamente la maniobra, y el telon cae al momento que la reina atraviesa la plancha para ir á bordo.]

ACTO SEGUNDO.

CUADRO IV.

Magnífico salon de una casa de Newcastle, ocupada por Cromwell.

ESCENA I.

CROMWEL, EL CORONEL GROSLOW.

CROMW. ¿Conque decíais, coronel...?

GROSL. Digo, señor Cromwell, que si quereis, hoy mismo, ó á mas tardar mañana, el rey Carlos I estará en vuestro poder.

CROMW. ¿Cómo, y de qué modo? Véamos.

GROSL. Porque está ecausto de recursos; porque los que esperaba de Francia no le han llegado; porque en lugar de un ejército y de los caudales que debia reunir su amigo de Winter, solo le ha traído algunos diamantes, últimos recursos de madama Enriqueta, y dos caballeros, último socorro que le envia para restituírle la corona, no diré el rey de Francia, sino la nobleza, sin duda para verlo morir.

CROMW. Muy bien, coronel...Tendré presente lo que acabais de decirme, y en mi primera comunicacion al parlamento, recomendaré vuestro celo y vuestra actividad.

GROSL. General, pero me parece que yo en lugar vuestro....

CROMW. Espero noticias de Francia; tambien yo he enviado una persona de mi confianza al señor Mazarin.

GROSL. Pero vuestro enviado puede tardar, general. Los vientos y las olas no están á las órdenes de nadie, y si no se aprovecha la ocasion...

CROMW. Os engañais, los vientos y las olas están á las órdenes del Eterno, y por eso se le llama el Dios de las tempestades, y el Eterno está de nuestra parte.

GROSL. General....

CROMW. (Sentándose.) Asomáos á esta ventana, mirad al puerto ¿no es así?

GROSL. Sí señor.

CROMW. ¿Y qué veis de nuevo en el puerto?